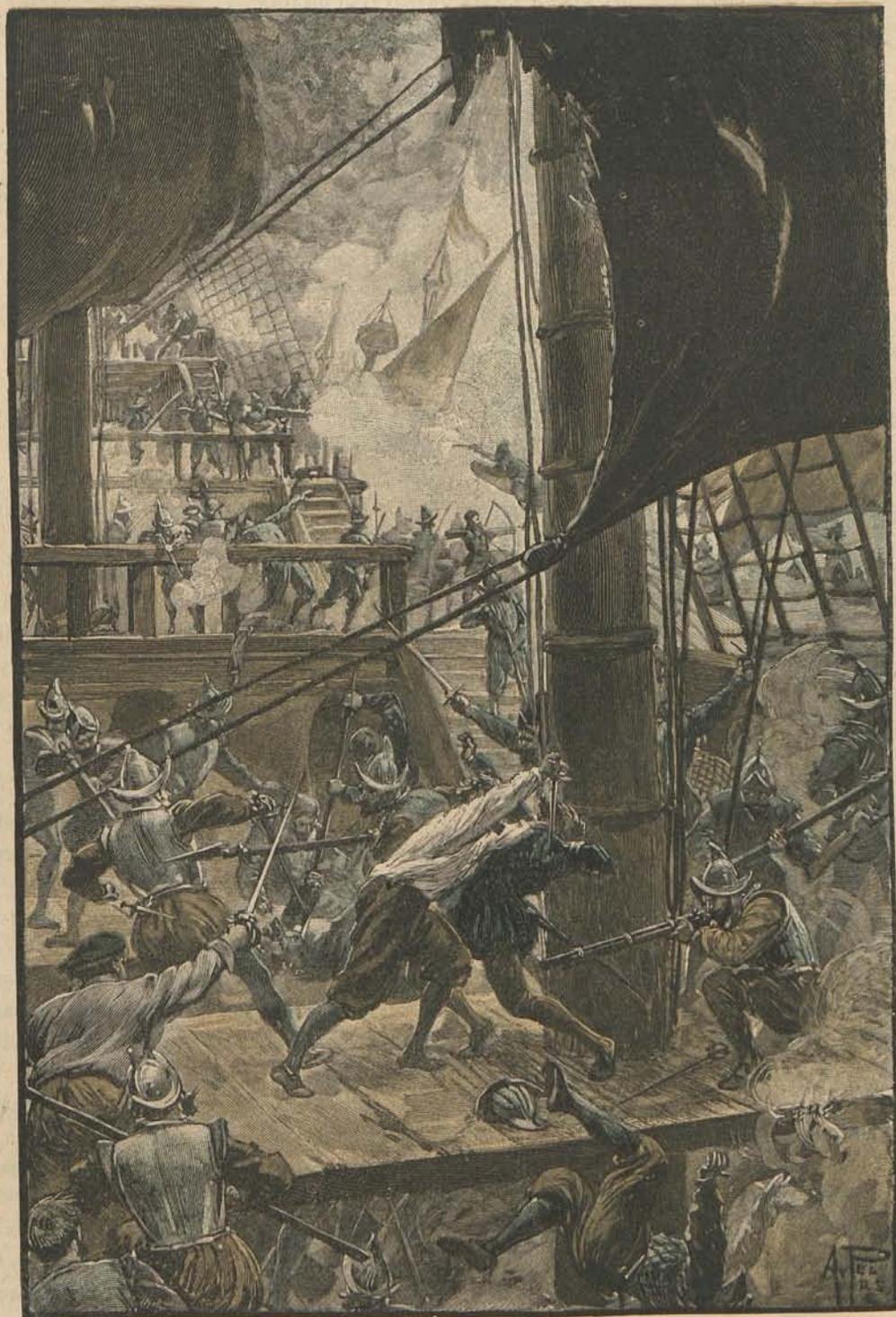


DE TODAS PARTES



UN ABORDAJE EN UNA GALERA DE LA INVENCIBLE

Precio: **10** céntimos

Núm. **3**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EXTRANJERO

Un año. 5 ptas.
Un semestre. 2'75

AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

Un año. 10 ptas.
Un semestre. 5'50

Año I

Barcelona, 25 de mayo de 1907

Núm. 3

UN ABORDAJE EN LA "INVENCIBLE"

La denominación de la «Invencible» dada á la famosa escuadra preparada por Felipe II con el aparente pretexto de vengar la muerte de María Stuardo, pero con el verdadero objeto de dar un golpe de gracia al poder marítimo de Inglaterra, no pudo tener un fin más desastroso que el que tuvo.

Grandes aprestos se habían hecho; los mejores barcos, los soldados más escogidos, todo cuanto podía contribuir á asegurar el éxito de una empresa de aquella importancia, todo se fué reuniendo durante un gran espacio.

Pero lo más esencial, lo que verdaderamente debía aquilatar el genio del que concibiera la idea, que era la persona á quien debía confiarse la dirección de aquella escuadra, esto precisamente fué en lo que aquel *prudente* monarca como le califica la historia, estuvo completamente desacertado.

¿A qué pudo obedecer que entre tantos expertos marinos como en aquella época contaba España, descollando entre todos el famoso don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, tan probado en las marítimas empresas fuese a confiar el mando de aquella expedición al duque de Medina Sidonia?

Así fué el resultado (que tuvo la «Invencible».

Falto de práctica y desconociendo ú olvidando las condiciones de las costas, objetivo de la expedición, violentas tempestades arrastraron los mejores barcos sobre las abruptas rocas donde se estrellaron, separáronse otros huyendo del temporal y escasamente hubo alguno que pudiera entrar en combate con las naves inglesas su-

friendo los rigores de un abordaje que no podría resistir.

Quizás por efecto de una de las nebulosidades del carácter de Felipe II ó tal vez hijo de una de esas intrigas de corte que en todos tiempos ha habido, se creyó conveniente posponer al noble y entendido marqués de Santa Cruz, que tanta fama había alcanzado ya, en empresas de gran importancia también, con el duque de Medina Sidonia que hasta entonces no se había señalado por ningún hecho que le hiciera merecedor de la distinción que se le concedía.

Toda Europa tenía puestos los ojos en la empresa que trataba de llevar á cabo Felipe II, pues atrevido era el empeño de disputar á Inglaterra aquel predominio que adquiriera en el mar, y tal vez todos los Estados europeos, hubieran experimentado egoísta regocijo, al tener noticia del fracaso de los ingleses.

Pero sucedió todo lo contrario.

Por más que Felipe II al conocer el tristísimo desenlace de una expedición á costa de tantos esfuerzos preparada, con aquella hipocresía característica en él, dijese que había enviado sus barcos á combatir con los hombres y no con los elementos, no dejaría de comprender que mucho tal vez pudiera haber atenuado aquel desastre, si otra persona más entendida hubiese mandado la escuadra.

Pero esto no podía confesarlo y únicamente la historia ha podido formular algún juicio no tan severo como merecía, por su incalificable conducta.

Tal fué el deplorable resultado de aquella colosal empresa que costó á España muchos buques destruidos, muchas vidas perdidas y enormes gastos completamente improductivos.



Judith de Sari

Regresábamos de una excursión que habíamos hecho por el interior de la Isla de Córcega, el capitán del yate *El Vellón de Oro*, Jacobo Ward, el doctor Matías Kent, y yo, cuando al aproximarnos á nuestro barco, exclamó el capitán:

—¡Diablo! ¿Quién puede haber venido á visitar el yate?

—Es verdad,—repuse mirando con atención.—Me parece que hay un bote al pie de la escala.

—Sea el que quiera, el dueño de ese bote,—añadió el médico,—ya le habrá recibido Edmundo Ross.

—¡Vivo, muchachos!—dijo Jacobo á los marineros.—Apretad los remos.

Y el bote partió como una exhalación hacia el yate.

Apenas estuvimos á bordo, observé que Ross estaba sentado en la banda; y á sus pies, en actitud suplicante, vi arrodillada una joven del país.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó el capitán mirando sorprendido á Ross y á la joven.—¿Qué busca esta mujer?

—No juzgueis nada;—repuso Ros,—esta joven ha venido para deciros algo sin duda, pero no he podido entender una palabra de lo que ha dicho.

La muchacha había vuelto la cabeza al acercarnos nosotros, y como oyese al capitán pronunciar alguna palabra italiana, arrodillóse á sus pies, y entre sollozos y lamentos repitió su relato. Yo no comprendí tampoco una jota de lo que decía; pero el capitán, que hablaba todos los dialectos de la costa, debió enterarse bien, pues había escuchado atento, manifestando el mayor asombro.

—Muchacho,—dijo el capitán á un marinero,—esa joven puede permanecer aquí un rato; dale un vaso de vino. Y vosotros,—añadió, volviéndose hacia mí y mis compañeros,—bajad conmigo á la cámara y os diré lo que hay.

Así lo hicimos, y una vez en ella, el capitán nos invitó á sentarnos al rededor de la mesa.

—Sepámos pronto cual es el caso,—dijo el doctor,—ya estoy impaciente.

—¡Oh!—contestó el buen Jacobo, después de vacilar un momento,—la historia no deja de tener interés, y casi desearía que fuese cierta.

—¿Y por qué no ha de serlo?—exclamó Ross;—todos los cuentos son verdaderos hasta que se prueba su falsedad. ¿Ha matado esa niña á su amante?

—Esa joven,—replicó el capitán,—se llama Flora, y es criada de la señorita Judith de Sari.

—¿Y quién es esa señorita?—preguntó el doctor.

—Es hijastra del dueño de aquel sembrado que se ve desde aquí, llamado Juan Battesti. Tres días hace, según la joven que hemos dejado arriba, su señorita marchó á la montaña con Lecca Massoni, un joven de diez y siete años; el padre lo supo, los siguió, pudo averiguar que se habían casado en la iglesia de Bocognano, y que después permanecieron treinta horas en la cheza de un pastor. Entonces el padre siguió á los jóvenes hasta Salice, donde disparó un tiro contra Lecca Massoni, hiriéndole en un brazo y regresó con la hija á su casa. Según dice la criada, el



padre está vapuleándola con un látigo y se propone encerrarla en un convento si nosotros no la salvamos.

—Bien me parece proteger á una desgraciada,—dijo el doctor,—pero ¿y si por acaso se tratara de hacernos víctimas de una jugarreta?

El capitán llenó un vaso de vino, lo apuró de un trago y contestó:

—No temo ninguna trama, ni tampoco á ningún hombre de la isla, cara á cara.

—¿Pero como vais á ver á esa joven?—preguntó Ross.

—Se puede arreglar todo desde el mar, y por esto ha venido la criada á pedirnos auxilio. Han encerrado á la señorita en una antigua ceida que nadie habita años hace, y se puede llegar hasta ella desde un bote. Yo iré apenas oscurezca.

Ross sonrió, y el doctor movió la cabeza.

—Supongo que no vendréis, Ross,—dijo el ca-

pitán,—puesto que se acerca la hora de comer.

—Sí que voy,—contestó Ross.

—Todos vamos,—añadió yo,—aunque nos espongamos á ir á la cárcel.

—No tengáis cuidado, dentro de una hora estaremos de vuelta para comer. Yo recorrería veinte millas para tener el gusto de poner la mano encima del hombre que fustiga á una pobre joven como si fuera un caballo indómito, rebelde al freno.

Un momento después subíamos todos á cubier-

mi bote, tripulado por el hombre que me acompaña, y la conduciremos á casa de su hermano en la Girolata.

—¿Y por qué no vais á buscarla vos misma?—pregunté yo.

—Nuestro bote tiene mástil y no podríamos hacerle pasar por donde se ha de ir,—repuso la joven.

—Vamos,—dijo el capitán,—ved si están corrientes vuestras pistolas, que bajen el bote y en marcha.

Cuatro marineros se colocaron en la embarcación; cada cual de nosotros tenía su revólver y llevábamos además algunas teas, una gruesa cuerda y una linterna.

En cuanto á la joven corsa la dejamos en su bote, avanzando después hacia el golfo.

—Quisiera saber como váis á llegar hasta el sitio,—dijo el doctor, ocupado en limpiar su pipa.

—Es muy claro,—contestó el capitán;—desde aquí se ve la boca de una caverna bajo el promontorio, y después de atravesarla se encontrará una escalera de piedra que conduce á la casa de arriba. La señorita estará esperándonos.

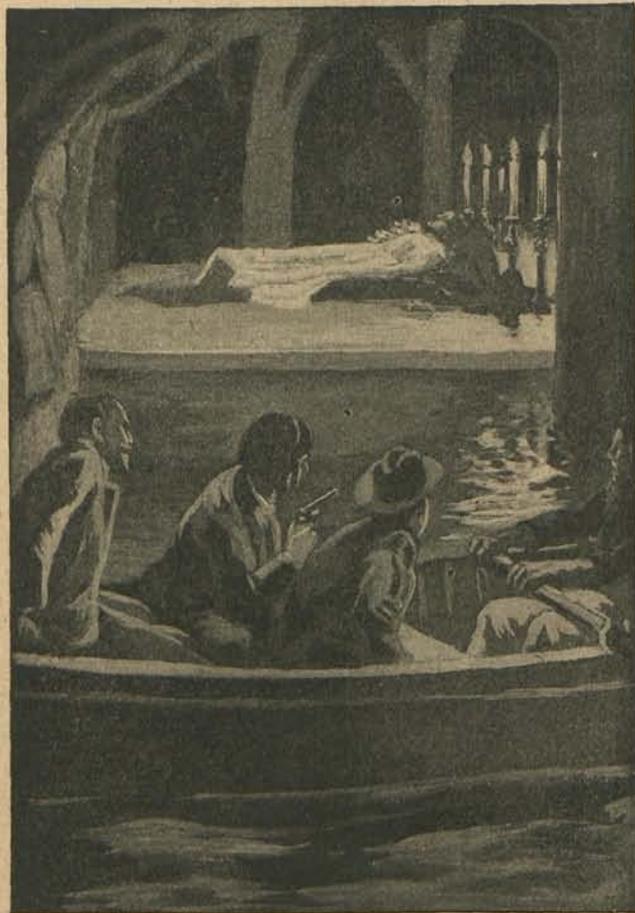
Sin dificultad encontramos la boca de la gruta, ó mas bien del tunel; era natural y parecía haber sido socavada en la roca viva. Antes de penetrar en ella habíamos visto en la altura, la antigua casa de Juan Battesti, semejante á un pequeño castillo de la Edad Media, iluminada por la luna. Con las cabezas inclinadas salimos de aquel lóbrego paso, y pudimos incorporarnos.

—Yo no veo ninguna escalera,—dijo el capitán.

—Ni yo tampoco,—contestó uno de los marineros.

—Apuesto que todo el pueblo de Córcega está esperándonos para reirse de nosotros,—añadió el doctor.

De repente vimos como una aureola de luz que iluminaba las aguas, pero sin poder darnos cuenta de donde procedía, y también creímos oír el murmullo de varias voces, así como el ruido que produce una puerta de hierro al cerrarse. Algunos golpes de remo nos condujeron á la entrada de una segunda gruta; pero su suelo no era líquido sino de roca, y en sus paredes vimos varias toscas imágenes de santos; esta gruta tenía un techo muy bajo, y nos pareció que en algún tiempo debió servir de capilla. En



ta; la luna iluminaba el horizonte y la superficie del mar parecía una alfombra de joyas. La joven corsa permanecía inmóvil con la vista fija en la triste casa situada en la colina y á fe que jamás había visto yo unos ojos que expresasen tanto cariño.

—¡Oh!—exclamó al vernos, —la matará, y no tiene quien la defienda; vosotros sois ingleses y no pegáis á las mujeres; amparadla por Dios.

—Pero si libertamos á vuestra señorita ¿qué haremos con ella?—preguntó el capitán.

—¡Bendígaos Dios!—exclamó la joven,—ya pensaba yo que vendriais; traed á la señorita á

aquel momento, hubiérase dicho que era una cámara murtuoria. Todos habíamos penetrado en aquel recinto, y al mirar en torno nuestro, enmudecimos de asombro.

Allí, sobre un lecho formado por almohadones y con tres cirios amarillentos en los lados, hallábase la mujer que íbamos á buscar. Nuestra impresión fué profunda, y por el pronto nadie pronunció una palabra.

—¡Gran Dios!—exclamó al fin el capitán,—la han muerto.

—Vamos á verlo,—dijo el doctor.

Aquel extraño espectáculo nos fascinaba, y Ross estaba más pálido que los blandones que iluminaban la hermosa figura de la joven extendida sobre los negros almohadones.

—Aun respira,—dijo el médico,—creo que está moribunda; tal vez pueda salvarla si la conducimos al bergantín á toda prisa. Acaso la hayan envenenado; más ignoro de que sustancia se habrán valido.

La trasladamos al bote y remando enérgicamente muy pronto estuvimos en el mar libre, pareciéndonos que pasábamos desde una cámara murtuoria á un paraíso.

—¿Creéis que se salvará?—preguntó el capitán al doctor.

—Veremos,—contestó éste.

Llegamos á bordo del bergantín y se colocó á la joven en la cubierta sobre algunos almohadones; de modo que el aire fresco de la noche pudiese reanimar aquel cuerpo. Entonces el doctor comenzó su lucha contra la muerte con el enérgico afán que siempre le distinguió en su carrera de médico.

De pronto se oyó una voz de mujer que gritaba desde el mar.

—Es la joven corsa que ha vuelto,—dijo Ross en voz baja.

Efectivamente, el bote de la criada se hallaba junto al pasamano, y en él vimos un joven de tez aceitunado y grandes ojos negros, que revelaban al verdadero tipo del corso; llevaba un cinturón que sostenía dos dagas de dorada empuñadura, y en su brazo izquierdo una venda.

—Yo soy Lecca Massoni,—dijo tranquilamente.—¿Dónde está mi esposa?

No fué necesario contestar, porque la estaba viendo, y de pronto profirió un grito terrible y comenzó á sollozar.

—¡Agua!—gritó repetidas veces el doctor.—Ya se lo que tiene.

Como no comprendía, fijé mi atención en el doctor, y ví que arrancaba las flores que adornaban el vestido de la joven, arrojándolas después al mar.

En cuanto á Lecca Massoni, había perdido el



conocimiento y algunos marineros le rociaban el rostro con agua.

—¿Pero qué significa eso?—pregunté.

—Nada más sino que las flores estaban envenenadas,—me contestó el capitán,—es una perfidia muy común en Córcega; más ahora creo que el doctor salvará á la infeliz.

Era ya media noche cuando Judith de Sari se trasladaba desde nuestro bergantín á su bote. Recuerdo que la luz de la luna iluminaba de lleno el rostro encantador de aquella hermosa mujer, apoyada en los brazos del hombre por quien había arriesgado su vida. Largo tiempo conservaré su imagen en mi memoria.



EL CASTIGO EN LA CULPA

La firma de William Parker era conocida en todas las plazas europeas y respetada en todas ellas.

Sus oficinas de la Cité eran un modelo, así por el número de empleados que sostenía el poderoso banquero, cuanto por el orden, la regula-

Es verdad también que al frente de las oficinas estaba Dick Rosse como gerente; que se había formado en la casa, que conocía todo el mecanismo de ella, y entre él y Clary, apenas si se echaba de ver la ausencia de William.

El opulento banquero tenía una hija llamada Ketty, prodigio de belleza y cuya mano había pedido y fué concedida por sus padres, á lord Roberto Desling.



ridad y el acierto con que se realizaban todas las operaciones en el vasto campo que abrazaban sus negocios.

William, que en el momento que da comienzo nuestro relato contaba cincuenta años, había heredado de su padre la casa establecida ya, y con su actividad y su buen golpe de vista para las empresas que acometía, la había elevado al grado de esplendor en que se hallaba.

Hay que advertir, que su esposa, Clary Wilson, le secundaba tan perfectamente que su esposo, durante sus largas ausencias, por razón de las mismas operaciones que realizaba, la dejaba la firma, sin que nunca hubiera tenido por qué arrepentirse.

Tres meses hacía que William había salido de Londres para Nueva York, donde había realizado un magnífico negocio, cuando un día recibió Clary una carta de su esposo tan lacónica como terrible.

En ella la decía, que hastiado de todos los placeres que el oro podía proporcionar, y comprendiendo que dejaba bastante rica á su esposa y á su hija y que por lo tanto no les hacía falta, y no teniendo ninguna aspiración que satisfacer,

había resuelto quitarse la vida, y cuando recibiera aquella carta, habría dejado de existir.

Añadiendo que no tenía necesidad de dar publicidad á la noticia toda vez que, llevando ella la firma y con la cooperación de Dick, podía marchar la casa el tiempo que ella quisiera.

El efecto que esta carta produjo en la esposa fué grande, pero trató de sobreponerse á su dolor, celebró una conferencia con Dick haciéndole leer la carta y éste, después de haberse enterado perfectamente de ella, la aconsejó que siguiera las últimas instrucciones de su esposo y que continuase la casa como hasta entonces.

Pero Dick, bajo la apariencia de aquella lealtad y de aquel afecto de que blasonaba, encerraba un corazón de cieno. Su ambición no conocía límites y con la lectura de la carta, vió la realización de sus aspiraciones.

Hábil para saber ocultar sus propósitos, nadie había podido sospechar en la casa la ardiente pasión que Ketty le había inspirado y la desordenada ambición que le consumía.

La carta de su principal le hizo ver claro el camino que debía seguir.

La omnimoda confianza que en él tenía depositada Clary, la que ya se juzgaba viuda de Parker, le facilitó el medio de trabajar para la obtención de su propósito.

Diez meses después de haberse recibido aquella carta, empezaron á circular por Londres y repercutieron por todas las plazas europeas, los más graves rumores respecto al estado de la casa William Parker.

Como lógica consecuencia, empezó la retirada de capitales; se hablaba de negocios desgraciados, de operaciones fracasadas y la viuda, que había firmado cuanto Dick le presentara, llegó un momento en que alarmada por las siniestras voces que circulaban, le pidió explicaciones.

Este, seguro ya del éxito, se quitó la máscara y un día, en ocasión que estaban Clary y su hija en sus habitaciones particulares, entró en el aposento y presentó á Clary un balance general, según el cual la casa se iba á ver obligada á declararse en quiebra.

Aterrada quedó la viuda, con mayor motivo al oír á Dick, que con el mayor cinismo decía, que él se comprometía á salvar la situación, siempre que Ketty le diese su mano.

Semejante proposición fué rechazada con energía. La misma Ketty, indignada, le dijo que no esperaba de él un proceder tan indigno, sabiendo que estaba prometida á lord Derling, á quien amaba.

—Todo eso lo sé,—repuso el miserable,—pero como esa boda no podrá realizarse porque el noble lord no dará su nombre á la hija de una falsaria que hace diez meses que está firmando

con el nombre de una persona que murió en aquella fecha, la señorita Ketty no tendrá más remedio que ser mi esposa, para librar á su madre de un proceso vergonzoso.

La impresión recibida por Clary fué tal, que el libro que tenía en la mano se le cayó al suelo y durante algunos segundos, permaneció sin poder contestar.

Dick, que se había hecho dueño de la situación, acabó de exponer su plan, diciendo últimamente que les daba ocho días de plazo para que resolviesen, en la inteligencia que si pasado aquel tiempo no habían cedido, daría parte á la autoridad de lo que ocurría.

Solas la madre y la hija, pasaron algunas horas confundiendo sus lágrimas y su desesperación, buscando un medio para salir de aquel compromiso tan grave.

Pero la verdad era, que como Dick había dicho, la falsedad existía. La casa William Parker, desde el momento en que éste había muerto, no podía funcionar bajo aquella razón social y cuantos negocios, cuantas operaciones se realizaran eran nulas, porque todas se habían hecho en falso y la ley castigaba á quien obraba así.

No quedaba más remedio que ceder á lo exigido por Dick. Pero ni Ketty tenía fuerza para ello, ni su madre podía consentir que por salvarse ella se sacrificara su hija.

Sin embargo, la joven cuando se quedó sola, resolvió obrar como su deber de hija la exigía.

E-cribió á lord Derling una carta de rompimiento, disculpándose con la necesidad de cumplir una palabra empeñada antes de conocerle.

Aquella carta estaba empapada en lágrimas. El siguiente día Ketty tenía fiebre. Dió orden á sus criados para que si se presentaba lord Derling no se le recibiera.

Reclinada en la *chaise longue*, tomando una tisana para calmar la excitación nerviosa que la agitaba, estaba la joven, cuando Roberto penetró en la estancia.

La joven supo guardar el secreto de la causa verdadera de su rompimiento, y su amante salió desesperado de aquella casa.

Pero al mismo tiempo que tenía lugar aquella escena en las habitaciones de Ketty, su madre declaraba terminantemente á Dick, que podía hacer lo que quisiera, pero que ella no consentiría jamás en hacer la desventura de su hija.

El miserable, que se había enriquecido con el dinero robado á la casa de William Parker, no vaciló en cometer la última vileza.

Dió parte á la autoridad, que se presentó inmediatamente en la residencia del banquero.

Clary, bajo el peso de aquella acusación terrible, no sabía qué contestar.

Pero en el momento que Dick se creía haber

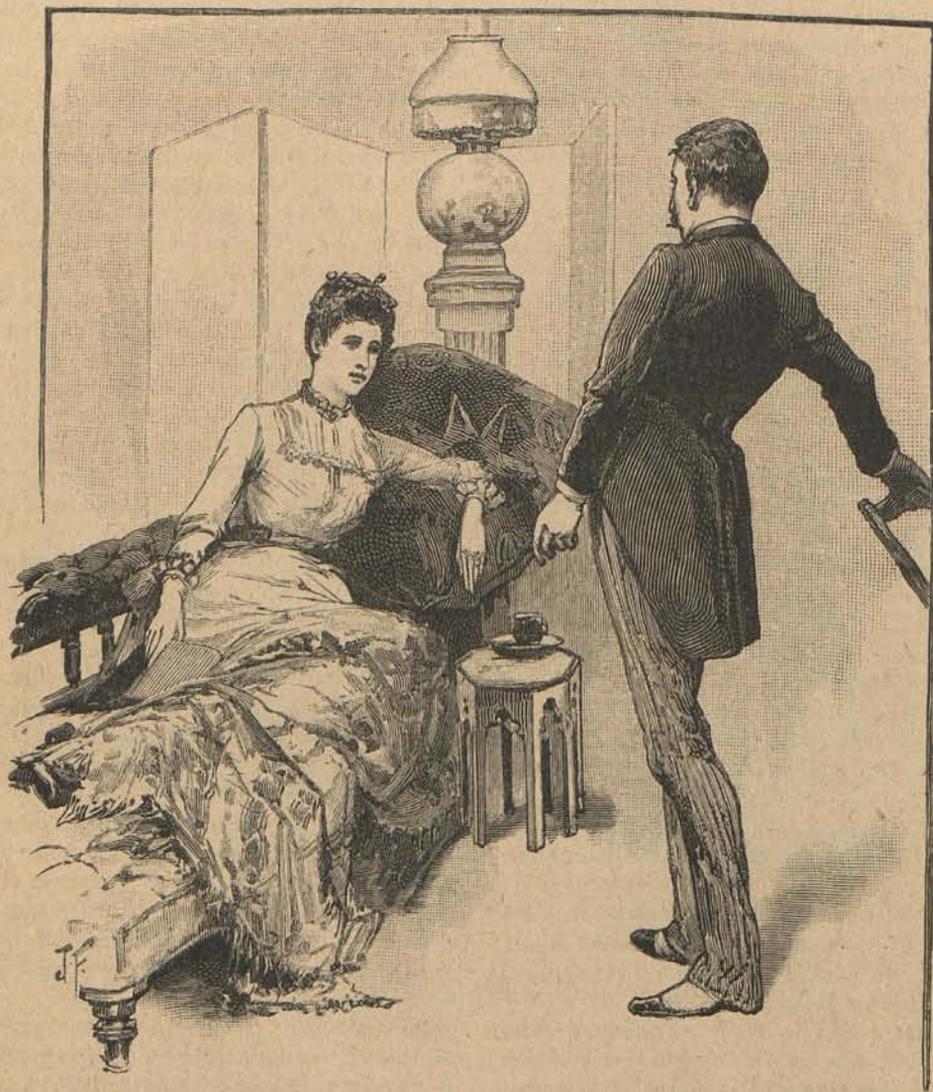
triunfado por completo, apareció un testigo con quien no había contado.

William Parker, el dueño de la casa, el que creían muerto, se presentó en su escritorio para justificar la gestión de su esposa y demostrar al tribunal la infamia del denunciador.

Una excentricidad del banquero, que se había trasladado á París, con el propósito de apurar en unos cuantos meses, todos los goces y las

ría asegurarse de si esto que se decía era verdad.

Esto llamó su atención, hizo algunas diligencias, supo que efectivamente había temor y de que suspendiera sus pagos, y el orgullo de su nombre, la idea de que pudiera quedar deshonrado aquel apellido que tanta fama adquiriera, le hizo desistir de su propósito suicida y marchó á Londres sin dar parte á nadie ni presentarse á quien le conocía.



satisfacciones que la gran ciudad podía ofrecerle, y una vez apuradas quitarse la vida, le hizo un día conocer lo que en el mundo de los negocios se hablaba de su casa.

En París se había presentado con un nombre supuesto, y uno de sus amigos, hombre de negocios también, le dijo un día, en una reunión de *demimondaines*, á que ambos asistían, que marchaba á Londres, porque había tenido noticias que la casa Parker estaba muy mal y que-

Perfectamente disfrazado, estuvo por espacio de dos días, averiguando y apareció en su casa en el momento que hemos indicado.

Su presencia fué bastante para destruir las infames maquinaciones de Dick, que fué conducido á la cárcel, como un criminal que era. William se puso de nuevo al frente de su casa, las relaciones de Ketty con Roberto Derling se reanudaron y Dick recibió el castigo de su misma culpa.

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

POR ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

—¡No libras... chelines!

Parecióme muy considerable la diferencia, y por otra parte, comprendí que aquel cuento era una mentira inventada con un fin que yo no podía adivinar; y por lo tanto, no traté de disimular el tono sarcástico con que le contesté.

—Vamos, tío,—repuse;—habréis querido decir libras esterlinas.

—Eso mismo,—contestó Ebenezer rectificando;—libras esterlinas. Y si quieres salir un poco á la puerta para ver qué tal noche hace, yo iré entretanto á buscar el dinero.

Hice lo que me decía, sonriendo con desprecio al pensar que él pudiese creer que era tan fácil engañarme. La noche estaba oscura, y al abrir la puerta oí el viento mugir en las colinas. El tiempo estaba tempestuoso, y poco hubiera yo podido imaginar la grande importancia que esto tenía para mí antes de acabar la noche.

Pronto me llamó mi tío, y cuando hube entrado me entregó treinta y siete guineas de oro. Conservaba el resto en su mano, en la cual vi otras más pequeñas y plata menuda; pero sin duda le faltó corazón para dárme las y se las guardó en el bolsillo.

—Ya ves cómo me porto,—dijo.—Soy un hombre extraño, sobre todo con los desconocidos; pero palabra es palabra, y aquí tienes la prueba de ello.

Ahora bien: mi tío era tan mezquino que no pude menos de enmudecer ante aquella repentina generosidad, y no encontré palabras para darle gracias.

—Nada de frases de agradecimiento,—exclamó.—No las necesito, pues solamente cumplo con mi deber. No quiero decir que todos hubieran hecho lo mismo; pero á mí me complace ser justo con el hijo de mi hermano, y sobre todo pensar que ahora nos entenderemos como buenos amigos.

Contesté á mi tío con toda la finura que era posible, aunque preguntándome qué habría impulsado á Ebenezer á desprenderse de su oro, pues ni un niño hubiera aceptado la razón que él daba.

—Váyase una cosa por otra,—díjome á los pocos momentos mirándome de reojo.

Le contesté que estaba dispuesto á probarle

mi gratitud de una manera razonable, pero temiendo que me hiciera alguna petición monstruosa. Sin embargo, cuando al fin se armó de valor para hablar, fué sólo para decirme, muy naturalmente, según me pareció, que ya se hacía viejo y achacoso, y que esperaba le ayudase en cuidar de la casa y el jardín.

Contestéle que estaba dispuesto á obedecerle.

—Muy bien,—repuso;—vamos á comenzar ahora.

Y sacando del bolsillo una llave muy mohosa, añadió:

—Esta es la llave de la torrecilla que está en la parte más lejana de la casa. Deberás entrar por fuera, porque la construcción no está terminada. Sube la escalera y tráeme una caja que encontrarás allí, pues contiene unos papeles que necesito.

—¿Me daréis una luz?—pregunté.

—No: nada de luces en mi casa.

—Muy bien; pero ¿es grande la escalera?

—Sí: muy ancha.

Y cuando ya me iba añadió:

—No te apartes de la pared, pues no hay pasamano; pero la escalera, como ya te he dicho, es bastante ancha.

En medio de la oscuridad me dirigí hacia el punto indicado. El viento soplaba con fuerza á lo lejos, las tinieblas parecían más densas que nunca, y avanzando á tientas llegué al fin á la escalera de la torre, y después á la puerta. Acababa de introducir la llave en la cerradura, cuando de pronto, sin que se oyera viento alguno, el cielo se iluminó de repente, quedando negro un momento después. Fuéme preciso ponerme una mano sobre los ojos para acostumbrarme de nuevo á la oscuridad, pues hallábame como deslumbrado cuando penetré en la torre.

Las tinieblas eran profundas en el interior, pero avancé tanteando el terreno con pies y manos, y pronto llegué á tocar la pared, que á mí me pareció de piedra muy fina. Los escalones, algo empinados y estrechos, eran del mismo material y bastante sólidos. Recordando la advertencia de mi tío, manteníame siempre junto á la pared; pero mi corazón latía con violencia.

La casa de Shaws tenía cinco pisos, y á medida que yo avanzaba parecióme que la escalera estaba más al aire y no era tan sólida. Preguntábame cuál podría ser la causa de este cambio, cuando de pronto brilló un relámpago. Si no grité fué porque el temor me estrechó la garganta, y si no caí se debió más bien á un favor del cielo que á mi propia fuerza. La luz del relámpago no solamente iluminó las paredes haciéndome ver que estaba en una especie de andamio aéreo, sino que me mostró la desigualdad de los peldaños de la escalera y uno de mis

pies apoyado en aquel momento á dos pulgadas de un pozo.

—¡Vaya una escalera ancha!—pensé yo, sintiendo renacer la cólera en mi alma.—Mi tío me ha enviado aquí seguramente para exponerme á un gran peligro, tal vez con la intención de que perezca; pero si no me rompo el cuello ya arreglaré yo este asunto.

Ayudándome con pies y manos, continué mi ascensión de rodillas con la lentitud de un ca-



... mi frente se bañó en sudor y erizóseme el cabello.

racol, asegurándome de la solidez de cada piedra y tanteando cada pulgada de terreno. La oscuridad me parecía entonces mucho más densa, y además inquietábame de continuo el aleteo de los murciélagos, que pasaban á veces á mi lado, rozándome el rostro y el cuerpo.

Se me olvidaba decir que la torre era cuadrada, y que en cada ángulo había una gran piedra de distinta forma que la de los peldaños para unir éstos. Ahora bien: yo había llegado á uno de estos escalones, cuando al alargar la mano como siempre, sólo encontré el vacío: era porque la construcción se había suspendido

allí. Entonces pensé que enviarme á mí á franquear aquella escalera en la oscuridad, no conociendo el sitio, equivalía á enviarme á una muerte segura, y aunque gracias al relámpago y á mis precauciones estaba en salvo, sólo al pensar en el peligro que acababa de correr y en la inmensa altura desde la cual hubiera caído, mi frente se bañó en sudor y erizóseme el cabello.

Pero ya sabía á qué atenerme, y comencé á bajar poseído de cólera. A la mitad del camino el viento comenzó á soplar con tal fuerza que la torre pareció oscilar en su base; después comenzó á caer un torrente de lluvia, y en el mismo instante dirigí una mirada hacia la cocina. La puerta, que yo había cerrado cuando salí, estaba ahora abierta de par en par, y al débil resplandor de la luz parecióme ver la figura de un hombre en actitud de escuchar. Casi en el mismo momento el fulgor de un relámpago, seguido de un trueno, me permitió reconocer á mi tío, que parecía estar en acecho.

Difícil habría sido adivinar si Ebenezzer tomó el ruido del trueno por el de una caída, ó si creía oír en aquél la voz de Dios denunciando su asesinato. Lo cierto es que, sobrecogido sin duda por un temor supersticioso, refugióse á lo más retirado de la habitación, dejando la puerta abierta. Yo llegué silenciosamente á la cocina y pude observarle de cerca.

Mi tío acababa de abrir una alacena, de la cual sacó una botella de aguardiente, y sentóse después á la mesa, de espaldas hacia mí. De vez en cuando sobrecogíale algún estremecimiento, y entonces, llevándose la botella á la boca, bebía muy buena parte del contenido.

Sin poder reprimir mi impaciencia, acerquéme á mi tío, y poniendo ambas manos sobre sus hombros, exclamé:

—¡Ya estoy aquí!

Ebenezzer dejó escapar un grito ahogado, alzó los brazos y cayó en tierra como un hombre muerto. No dejó de extrañarme esto mucho; pero debía cuidar de mí ante todo, y no vacilé en dejarle como estaba. La alacena había quedado abierta, y yo quería buscar algún arma antes de que mi tío volviera en sí y pudiese hacerme daño. En la alacena vi algunas botellas, al parecer de medicina, varias cuentas y otros papeles, que de buena gana habría examinado; pero temí que me faltara tiempo.

Después pasé á los cajones arrimados á la pared. El primero estaba lleno de comestibles,

en el segundo encontré varios sacos de dinero y papeles, y en el tercero hallé, entre algunas prendas de ropa, un puñal algo tomado de orín, sin vaina. Cogí el arma, guardéla en un bolsillo y acerquéme de nuevo á Ebenezer.

Estaba como le había dejado, con una rodilla doblada y un brazo extendido. Su rostro tenía un color azulado, y hubiérase dicho que ya no respiraba. Entonces, temiendo que estuviera muerto, le rocié con agua la cara. Esto pareció volverle en sí, pues vile mover la boca y las cejas, después abrió los ojos, y al verme, su mirada expresó un terror que nada tanta de humano.

—Vamos, vamos,—le dije;—poneos en pie.

—¿Estás vivo?—preguntó, dejando escapar un sollozo.—¿Estás vivo de veras?

—Sí, señor,—contesté,—y no gracias á vos.

—¡Dame el frasco azul que está en la alacena!—murmuró.—¡Dame el frasco azul!

Corrí á buscar el objeto, que era una botellita de algún medicamento, según deduje por el rótulo, y administré algunas gotas á mi tío.

—Padezco una enfermedad,—dijo Ebenezer recobrándose;—una enfermedad de corazón, David.

Le senté en una silla, mirándole silenciosamente. A decir verdad, inspiróme alguna compasión; mas por otra parte estaba justamente irritado, y enumeré los puntos sobre los cuales le exigía inmediata explicación. Necesitaba saber por qué mentía á cada palabra, por qué temía que yo me marchase, y por qué le disgustaba que yo creyera que él y mi padre eran gemelos. Preguntéle por qué me daba un dinero á que yo no tenía derecho, y por último por qué me había expuesto á una muerte segura. Escuchóme silencioso, y después me rogó con voz débil que le permitiera acostarse.

—Yo te lo contaré todo mañana,—me dijo,—tan seguro como que me he de morir.

Y como le veía tan débil, no pude oponerme, pero le encerré en su cuarto y guardéme la llave en el bolsillo. Después volví á la cocina, y arreglando mi ropa sobre los cajones, no tardé en conciliar el sueño.

V

VOY Á LA ENSENADA DE LA REINA

Durante la noche llovió mucho, y á la mañana siguiente sopló un viento muy recio del NO; pero antes de que la aurora despuntase ó desapareciese la última estrella, fui á lavarme en la pila del pozo, y después me senté para reflexionar sobre mi situación.

La enemistad de mi tío me parecía evidente,

y no me quedaba duda de que se valdría de todos los medios para exterminarme; pero yo era joven y tenía mucho ánimo, y como todos aquellos que se han criado en el campo, confiaba mucho en mi capacidad. Había llamado casi como un mendigo á la puerta de Ebenezer, que me recibió con la traición y la violencia, y en su consecuencia, debía adelantarme á él para dominar la situación.

Pronto puse término á mis reflexiones, y bajo la impresión del desprecio, subí al cuarto de mi tío para ponerle en libertad. Dióme los buenos días cortesmente, y yo hice lo mismo, sonriendo con desdén desde la altura de mi suficiencia. Poco después nos sentamos á la mesa para almorzar, como el día antes

—Vamos, caballero,—díjete con tono de sarcasmo;—¿no tenéis nada que hablarme? Creo que ya es hora de entendernos. Me tomasteis por un bobo sin pizca de entendimiento; y yo á vos por un buen hombre, ó cuando menos no peor que los demás; pero veo que los dos nos hemos equivocado. ¿Qué motivos tenéis para temerme, para engañarme y atentar contra mi vida?

Ebenezer murmuró algo sobre una broma; y después, observando que yo sonreía, cambió de tono y aseguróme que me lo explicaría todo después de almorzar. Comprendí que no tenía preparada aún la mentira, pero que su mente trabajaba para urdiría; y creo que iba á decirselo, cuando de pronto llamaron á la puerta.

Ordenando á mi tío que no se moviera, fui á abrir, y encontréme con un muchacho vestido de marinero, que apenas me vió comenzó á dar saltos castañeteando con los dedos con gran destreza. Tenía el rostro amoratado por el frío, y por su expresión no se hubiera podido decir si el muchacho iba á llorar ó á reírse.

—¿Qué hay por aquí?—preguntó en tono zumbón.

—¿Quién eres y qué se te ofrece?—contesté yo.—Si no lo dices cerraré la puerta.

—Esperad un momento, hermano,—repuso.—¿No gastáis nunca una broma? ¿Queréis que me den de latigazo? Traigo una carta del capitán para el Sr. Balfour.

Así diciendo, enseñóme la carta y añadió:

—Debo advertiros que tengo un hambre voraz.

—Bien,—contesté;—entra en la casa y tomarás un bocado aunque yo no coma.

Y conduciendo al muchacho á la cocina, le mandé sentar en mi sitio, donde al punto devoró los restos del almuerzo, guiñando los ojos y haciendo muchas muecas, que sin duda le parecerían graciosas al pobre muchacho. Entretanto mi tío había leído la carta y reflexionaba. De pronto se puso en pie con mucha viveza é hizo-



me seña para que le siguiese al otro lado de la habitación.

—Lee esto,—me dijo entregándome la carta.
Hé aquí el contenido:

«*Posada de Hawes en la ensenada de la Reina.*»

»Muy señor mío: Me hallo aquí con mi barco y os envío á mi grumete para ponerlo en vuestro conocimiento. Si tenéis que hacerme algún encargo, habrá de ser hoy mismo, pues quiero aprovechar el viento. Debo advertiros que han mediado disputas con vuestro agente el señor Rankeiller, y que si no se arreglan pronto las diferencias podéis esperar algunas pérdidas. He girado contra vos una letra, según podréis ver.

»Vuestro humilde servidor,

»ELÍAS HOSEASON.»

—Ya lo ves David,—dijo mi tío cuando hube terminado la lectura;—tengo un buen auxiliar en ese Hoseason, capitán del bergantín mercante *Covenant*, de Dysart; y si fuéramos ahora con este muchacho, yo podría ver á ese amigo en Hawes, ó tal vez á bordo de su barco, si se han de firmar algunos papeles. De este modo no perderíamos tiempo, y podríamos á la vez ir á ver al abogado Sr. Rankeiller. Si tú no crees nada de lo que yo digo, paréceme que darás crédito á ese caballero. Es el agente de toda la localidad, hombre muy respetable y que conoció á tu padre.

Desde luego pensé que íbamos á ir á un puerto, sin duda populoso, donde mi tío no podría intentar ninguna violencia. Una vez allí, sin duda me sería fácil obligar á Ebenezer á visitar al abogado, aunque no fuera tal su intención; y por otra parte, halagábame la idea de ver el mar y los barcos.

—Muy bien,—contesté;—vamos á la ensenada.

Mi tío cogió su bastón, colocóse en el cinto un cuchillo mohoso, apagamos el fuego, y después de cerrar bien la puerta nos pusimos en marcha.

Soplaba con fuerza el viento NO, y aunque era el mes de junio, la hierba estaba cubierta de escarcha. Tal era el frío, que parecía más propio del mes de diciembre.

Ebenezer avanzaba á buen paso, aunque tambaleándose, como un hombre ébrio, y sin decir una palabra; de modo que me vi obligado á trabar conversación con el muchacho, quien me dijo que se llamaba Ransome y que había estado en los mares desde los nueve años, pero ignoraba qué edad tenía. Me enseñó varios tatuajes que tenía en el pecho, entreabriendo su camisa á pesar de mis advertencias para que se

resguardase del frío, pues el viento me parecía suficiente para matarle; y en su conversación dejó escapar varias imprecaciones impropias de un muchacho de su edad. Hizo alarde de haber cometido muchos actos censurables, como estafas y robos, y hasta asesinatos; pero todo esto lo decía con tal sencillez y minuciosidad en los detalles, que más bien le compadecí que le creí.

Preguntéle por el bergantín, y díjome que era el barco más velero que podía encontrarse en el mar, y que su capitán, Hoseason, buen marino, no temía nada en el cielo ni en la tierra, que no tenía escrúpulos de ninguna especie y que se distinguía siempre por lo bruto. Todas estas cualidades parecían al pobre muchacho dignas de admiración, y en su concepto el capitán no tenía más rival que el contra maestre llamado Shuan, que era quien verdaderamente dirigía el buque y al cual reconocía como el hombre más práctico en el oficio. —Sólo tiene el vicio,—añadió,—de embriagarse con frecuencia, y entonces se le debe temer.

—Mirad,—dijo bajándose un calcetín y enseñándome una herida, cuyo aspecto me estremeció;—él me lo hizo.

—¡Cómo!—exclamé.—¿Es posible que te traten de esta manera tan cruel? Tú no eres ningún esclavo.

—No,—repuso el muchacho, cambiando de tono,—ciertamente que no lo soy; pero ya me las pagará todas juntas.

Al pronunciar estas palabras, enseñóme un cuchillo de regulares dimensiones, que había robado, según dijo, y añadió:

—¡Oh! ¡Que vuelva á tocarme otra vez! También me atreveré con él, y os aseguro que no será el primero.

Aquel pobre muchacho, que me parecía casi idicita, inspirábame verdadera compasión, y comencé á creer que el tal bergantín sería una especie de infierno en los mares.

—¿No tienes parientes, amigos?—pregunté al muchacho.

Contestó que su padre estuvo en otro tiempo en un puerto inglés cuyo nombre no podía recordar, pero que ya había muerto.

—Y ¿no podrías encontrar,—le dije,—una ocupación honrosa en tierra?

—¡Oh, no!—repuso guiñando un ojo con expresión de malicia.—Me obligarían á tomar un oficio, y esto no me hace gracia.

Preguntéle qué oficio podía ser peor que el que tenía, hallándose expuesto continuamente no sólo á perder la vida en un naufragio, sino á sufrir los horribles tratamientos de sus amos.

(Se continuará).

UN DRAMA BAJO EL TERROR

I

UN GRITO EN EL CAMINO DE SAUMUR

¡Dios mío! ¿Qué era aquello?

El hombre que pasaba por la carretera de Saumur se detuvo bruscamente en su marcha, oprimiendo el nudoso y formidable bastón que llevaba en la mano, y cuyo puño consistía en un pequeño busto de Platón con la cabeza cubierta por un gorro frigio.

De repente, resonó un grito angustioso en medio del silencio; la voz era seguramente de mujer; parecía provenir de una antigua casa de paredes grises situada á la orilla del camino; todas las ventanas estaban cerradas, y el tejado sobresalía muy poco de la cerca que rodeaba el edificio. La carretera estaba desierta siempre después del anochecer, pues cruzaba el Campo de Marte fuera de la ciudad, y además porque había pocas casas y muy separadas una de otra. A su izquierda, el viajero divisó las rojizas luces de «la negra» Angers; pero ni un alma viviente; á su derecha extendíase la llanura, solitaria y misteriosa. Un viento fresco, que llegaba del Loira, arremolinaba la hojarasca hasta los pies del viandante y alrededor de la solitaria casa, que era la última del camino.

Era la época del Terror, y la hora, la soledad, y tal vez sus propias reflexiones, influyeron seguramente para que el grito que acababa de oír produjera la más profunda impresión en su ánimo, y aunque era hombre de valor, se alegró de que se siguiera el silencio.

—Bien mirado, nada me importa,—murmuró, continuando hacia la ciudad, pero antes de que hubiera dado cuatro pasos, volvió á resonar el mismo grito más angustioso que la primera vez, y se oyeron con toda claridad las palabras «¡Socorro, socorro, socorro!» Como la voz era de mujer, el viajero no vaciló ya más; retrocedió hasta la casa, vió una maciza puerta entornada, empujola y penetró en el jardín, casi oscuro ya.

Allí vió frondosos árboles, cuya densa sombra aumentaba la oscuridad, un césped muy fino, suave como una alfombra, cubría el suelo, y varias estatuas, que en aquel instante semejaban blancos espectros, parecían indicar opulencia en aquella casa. De improviso, un rayo de luz, filtrándose por un postigo entornado de la ventana, iluminó un ángulo del jardín.

El viajero se inclinó sobre su bastón, adelantóse silenciosamente algunos pasos y al llegar á lo alto de la gradinata que conducía al ingreso, examinó á través de una puerta vidriera el interior del aposento en cuanto era posible. Apenas fijó en él la mirada, sus ojos expresaron la sorpresa y el asombro; se caló el sombrero hasta las cejas, y acercándose un poco



más observó. En la habitación había tres personas, y á no ser por el grito que antes había resonado, cualquiera hubiera creído que estaban en buena armonía y que representaban alguna comedia, porque su actitud era algo dramática.

Un caballero venerable, temblando violentamente y echado sobre los almohadones de un sofá, tenía la mano extendida como para preservarse de un peligro; mientras que una joven, pálida hasta la lividez, pero de extraordinaria belleza, hallábase delante de él en actitud de defenderle. Tan radiante era la hermosura de aquella mujer, que el recién llegado quedó maravillado al fijar en ella sus ojos.

Después, mirando con más atención vió en el salón un tercer personaje, cuyo reconocimiento le produjo la mayor sorpresa; una sonrisa de soberbio desdén entreabría sus labios, y su rostro tenía una expresión de dureza. Aquel individuo, un *aristócrata*, un *petimetre*, que eso era, y más aún, vestía una casaca de seda amarillenta, chaleco bordado, medias azules y blancas, y botas de montar, las cuales golpeaba á cada momento con su látigo mientras miraba á sus compañeros con burlona sonrisa.

Su rostro hubiera podido ser agraciado, á no ser por su palidez y su expresión cínica y descarada á primera vista; tenía los labios delgados, la nariz aguileña y el conjunto de las facciones, en fin, revelaba al hombre vicioso y libertino.

—Oh, oh! *señor marqués*,—murmuró en voz baja el extranjero,—parece que continuas siendo lo que siempre fuiste, un bribón; pero te aseguro que de una vez para siempre voy á darte una lección para que no perturbedes más la felicidad doméstica ni ántes contra la virtud.

Y levantando su bastón el desconocido tocó con la punta el marco de la vidriera, señal comprendida sin duda perfectamente por el joven que al punto se levantó con aire de inquietud dirigiéndose alarmado hacia la ventana.

El extranjero volvió á dar otro golpecito: entonces el joven se acercó aunque con evidente repugnancia, y abrió la puerta vidriera que conducía al jardín, cuya oscuridad se dispó á la viva claridad del salón. El desconocido entró después de pedir permiso y volvió á cerrar la puerta que le había dado paso.

—Señorita,—dijo saludando cortesmente,—desde el camino he oído gritar pidiendo socorro, y aquí estoy para servirlos.

Tan repentina había sido la entrada del extranjero, que la joven, aunque tenía las manos levantadas en ademán de súplica, no acertó á pronunciar una palabra; pero el joven de la casaca amarilla, al ver á un hombre solo, recobró su serenidad y mirando al intruso con insolencia le dijo:

—Este es un asunto de familia, y ese caballero tendrá la bondad de retirarse, puesto que no tiene derecho para entrar aquí; pero,—repuso luego cambiando de tono con insolencia,—como os habéis permitido proceder con la mayor grosería, me daréis una explicación. Decid vuestro nombre, caballero.

—El marqués de Ventlier se contentará con que no se lo diga,—contestó el desconocido con acento displicente,—y la señorita me dispensará

si no me descubro mientras estéis aquí. Os conozco muy bien, marqués, y también vos á mí, puesto que habéis comprendido la señal que hice. Por lo pronto os *rogaré* que salgáis de una casa donde estéis ocasionando un disgusto.

—¡Retírame yo!—gritó el marqués con voz ahogada.—Esto es intolerable.

Pero el desconocido, sin hacer caso de estas palabras abrió la puerta vidriera, y acercándose al joven señaló la oscuridad de la noche, y le



dijo algunas palabras en voz baja. Al oírlas, el *aristócrata*, sin embargo de estar poseído de cólera, cogió su capa y salió.

Cuando el extranjero hubo oído el ruido de la puerta del jardín al cerrarse, volvióse hacia el caballero anciano y la joven, descubriéndose cortesmente para saludar, y dirigiéndose á la puerta vidriera hizo ademán de retirarse. Entonces el anciano y la joven pudieron ver que aquel hombre tenía una expresión grave y simpática; era difícil adivinar su edad, pero sus ojos revelaban tan buenos sentimientos, que al punto inspiró confianza á las dos personas que le miraban.

—No creo que ese hombre vuelva á molestaros

más,—dijo el extranjero tranquilamente,—pero vivís en un sitio demasiado solitario y estamos en tiempos peligrosos, sobre todo para los que conservan simpatías al antiguo régimen. Al decir esto, en voz muy baja, dirigió una mirada muy expresiva á un gran retrato de Luis XVI colgado sobre la chimenea. La joven le comprendió y contestó al punto con viveza:

—El señor tiene razón; pero mi padre quiere que se coloque ahí ese retrato todas las noches á pesar de mis advertencias. Algo me dice que puedo hablarlos con franqueza, y por lo tanto os confesaré que pertenecíamos á la corte; pues mi padre tenía el honor de ser peluquero del malogrado rey.

El anciano suspiró profundamente.

—No es posible,—dijo,—borrar del corazón el recuerdo de las tradiciones de la vida.

El desconocido suspiró también, y ante un ademán sin duda involuntario de la joven, cerró la puerta vidriera y tomó asiento.

—Nos nos denunciareis,—dijo la joven,—porque vuestro rostro revela que sois bueno, y por lo tanto os confesaré que somos realistas y estamos en peligro. Mi padre es ahora el ciudadano Chevalure, y yo soy su única hija: me llamo Julia. Ese monstruo de quien nos habéis librado nos conoció en los días felices y ahora busca la riqueza de mis padres persiguiéndome con promesas tan falsas como su vil corazón. Me amenaza con revelar á la Asamblea donde nos ocultamos si no me caso con él dentro de una semana. Aunque noble de nacimiento se ha declarado en favor de la República, y con esto lo sabéis todo.

El extranjero contemplaba con admiración la hermosura de la joven; pero, al fin, contestó lentamente con expresión grave:

—He conocido al ciudadano marqués en París, y ya os he dicho que no debéis temerle más; si tuviese el atrevimiento de volver, lo sabré muy pronto, y yo mismo le denunciaré, en cuyo caso no sé si librará de la muerte.

Padre é hija miraron al extranjero con asombro preguntándose quien sería su protector.

El anciano tembló; pero la joven no experimentó temor alguno; aunque aquel hombre hubiera sido Danton, Marat, ó el mismo Robespierre en persona, le infundía confianza y no sintió recelo alguno. Bien se veía que era bueno.

—¿No podríamos saber á quien debemos estar agradecidos?—preguntó la joven.

El desconocido palideció al contestar.

—Todo cuanto me es posible deciros,—contestó,—es que tengo algún poder y estáis en salvo.

—¿Y no volveréis á vernos?—preguntó la joven ruborizándose.

—Esta casa estará siempre abierta para vos,—

dijo el caballero anciano, apoyando sus manos en el sofá para levantarse.

—Volveré,—contestó el desconocido, más bien á Julia que á su padre.

Y saliendo por donde había entrado, retiróse el misterioso personaje.

II

EL CABALLERO DE VENTLIER SE RÍE

Durante dos semanas, en un período en que la sangre de jóvenes y viejos corría á ríos en casi todas las ciudades de Francia, la casa del peluquero permanecía tranquila, y todas las noches,



el anciano daba un paseo por la carretera de Saumur.

En el transcurso de aquel período de incertidumbres y continuos temores, el desconocido volvió á la casa del peluquero á intervalos algo frecuentes, y siempre con la tristeza pintada en su rostro. Aunque algunas veces estaba solo con Julia, nunca le habló de amor.

—Mañana me indicará algo,—se decía la joven,—ó acaso hable á mi padre para pedirle mi mano.

Pero los días pasaban sin que el forastero solicitase la menor cosa. El hombre misterioso se contentaba con sentarse á su lado y contemplarla; en su conversación solía hablar tan solo de los acontecimientos políticos y de los males de la época.



El Tribunal Revolucionario acababa de establecerse, al fin, en la sombría ciudad de Angers, y comenzaba su obra terrible. En la cárcel había más de veinte presos, y el pueblo se regocijaba ya con el futuro espectáculo.

La noche siguiente, el forastero se presentó tan pálido y descompuesto en la casa del ciudadano Chevalure, que Julia le cogió involuntariamente por el brazo, diciéndole con timidez:

—¿Habéis estado enfermo? ¿No me diréis, al fin, quien sois?

—Contestaré,—respondió,—á la primera pregunta que tengo una enfermedad *hereditaria*, pero en cuanto á la segunda, no puedo satisfacer vuestra curiosidad. Confíad, sin embargo, en que os libraré de todo mal en cuanto me sea posible, hasta que vuelvan días más felices.

Al retirarse el desconocido, el peluquero le salió al encuentro en el patio, y conduciéndole á una habitación, le entregó una carta.

Al leerla el extranjero palideció.

—¿Ha visto la señorita esta carta?

—No.

—Bueno, pues no digáis nada; yo veré lo que se ha de hacer.

Y guardándose el papel se alejó murmurando:

—¡Dios me ayude! ¡Yo lo hacia todo por amor á ella!

Al día siguiente, al pasar por el puente que cruzando el Mayena une las dos ciudades de Angers, el marqués de Ventlier vió al hombre misterioso que le había sorprendido en la casa del peluquero, y acercándose á un centinela, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre, ciudadano?

El soldado miró en la dirección que se le indicaba y como si compadeciese la ignorancia del ciudadano marqués, le contestó en voz baja.

—¡Imposible!—replicó el aristócrata.

—Pues no hay más; desde hace dos semanas está desempeñando aquí su cometido, por orden de la República Unica é Indivisible.

El marqués de Ventlier, riéndose de aquella contestación, se retiró á su domicilio. A la mañana siguiente, un piquete de guardias nacionales cercó la casa del aristócrata, y varios hombres le sorprendieron en su lecho, junto al cual un escribano le leyó la siguiente sentencia:

«Juan Camilo Mario Ignacio, titulado en otro tiempo marqués de Ventlier, queda detenido, bajo la acusación de haber estado en correspondencia con la proscrita familia Capeto».

III

MADAME GUILLOTINA

—¡Oh! Julia,—decía el desconocido á la hermosa joven,—estamos al borde de un precipicio; una palabra no más, y nuestro sueño se desvanece. ¡Si supiérais!... Pero otro día os diré la

palabra que no puedo pronunciar ahora. ¡Huiremos por la frontera dejando para siempre este vil país de espías y regicidas!

—Mi padre me ha dicho,—replicó la joven,—que el marqués será guillotinado mañana; y ahora quisiera saber que palabras le dijisteis en voz baja la primera noche que os conocí.

—Voy á decíroslo,—contestó el forastero.—Hace tiempo se tramó una conspiración para poner en libertad al rey; pero fracasó. En ella había tomado parte el marqués y todos sus amigos, á quienes yo conocía. Todos habían convenido en una señal que tenía por objeto anunciar un peligro cualquiera, y todos se avinieron también en reconocerla siempre que la oyesen sin preguntar nada.

El desconocido no añadió que había denunciado al marqués por amor á Julia.

—Julia,—dijo con voz triste,—si la noche próxima se detuviera un coche á la puerta de esta casa y alguno os exigiese que entraseis en él con vuestro padre para emprender un largo viaje ¿vacilaríais en hacerlo?

—Ya sabéis que os amo, y por lo tanto, aunque fuese para ir á la muerte os seguiría.

La mañana siguiente amaneció nublado y triste. Una apiñada multitud esperaba en la plaza la última carreta con los aristócratas que debían ser ejecutados en la guillotina.

En la carreta iba el marqués de Ventlier que fué el último en ser ejecutado; pero conservaba el espíritu de la antigua nobleza y subió al cadalso dirigiendo una mirada desdeñosa al populacho. Al acercarse el verdugo, le dijo:

—Cuando yo haya dejado de existir, tened la bondad de leer el papel que os doy, y como hago una declaración contra vos, que os inducirá á no llevarla á su destino, un mensajero de mi confianza habrá presentado ya uno igual en la última casa del camino de Saumur. Dad expresiones mías á los Chevalures, *cuando los veais*.

Un momento después, caía la cabeza del joven aristócrata, y resonaban, según costumbre, los gritos de ¡Viva la República!

Aquella noche, fiel á su promesa, Julia esperó al desconocido; pero éste no se presentó; porque había salido de Angers para no volver jamás. Dos cartas que tiene sobre sus rodillas han desvanecido su encanto; la una decía así:

«La mano de un muerto os ha revelado que sufro una enfermedad *hereditaria*; yo no podía decíroslo, para no exponerme á vuestro desprecio. ¡Adiós!»

La otra carta decía:

«Encantadora Julia, me condenan á muerte; pero antes de abandonar esta vida, debo confesaros mi falta: mi enfermedad *hereditaria* consiste en que mi oficio pasa forzosamente de padres á hijos ¡Soy el Verdugo!»

El centinela

Eran las siete de la mañana de un frío y lluvioso día de febrero, y formados en grupos en la plaza de Monzón, esperaban los soldados de la columna de Montecampa que dieran la señal de formar para ponerse en marcha.

El toque de llamada de las cornetas hizo enmudecer á los soldados; formó la columna, compuesta de un batallón, dos piezas de montaña y una sección de caballería, y al poco rato salía de la ciudad, camino de Tamarite, donde llegó á la una y media de la tarde.

Apenas repartidas las boletas de alojamiento, uno de los soldados se fué corriendo á una casa de la calle de Zaragoza, saliendo á recibirle una bellísima muchacha que hasta entonces había permanecido asomada á la ventana, sin disimular su impaciencia.

—¡Pilar!

—¡Jorge! ¿No tienes novedad? Dicen que los carlistas os esperaban para no dejaros pasar.

—Sí, pero han huido en seguida.

—Era la partida del *Botiguero*.. ¡He tenido un miedo!

—¿Del *Botiguero*?—dijo Jorge, nublándose su frente.

—Ha jurado que ha de entrar en Tamarite...

—Sí, lo creo... ¡Como estás tú en Tamarite!... Pero yo juro también que me la ha de pagar... Si no fuera tan cobarde, si fuera hombre, ya nos hubiéramos visto las caras.. Tres cartas le llevo escritas para que riñamos ..

—Déjalo .. El en Tamarite no ha de entrar...

—Pero ¿y si entrara?

—Entonces.. ya verías tú quién es Pilar.

El soldado y la bellísima joven, honrada hija de unos labradores, departieron por largas horas y al llegar la noche tuvieron que separarse por tocarle á Jorge entrar de guardia.

Apenas había amanecido cuando se oyó tocar llamada á la carrera, y los soldados acudieron á reunirse en la plaza.

—¿A dónde?—se preguntaban bromeando.

—Pues... ¡á Monzón!

—Y pasado mañana de nuevo aquí.

—Somos una lanza-dera.



—¡Los carlistas! ¡El *Botiguero*!

Este grito de angustia resonaba por calles y plazas al anochecer de aquel mismo día. Por fin, había conseguido el cabecilla salirse con la suya. La permanencia en Tamarite fué, sin embargo, cortísima; lo suficiente tan sólo para que el *Botiguero*, joven, guapo y valiente como pocos, se presentase en casa de Pilar y se la llevase á la fuerza, dejándola encargada, juntamente con dos niños, al cuidado de dos bagajeros, bajo las más terribles amenazas en caso de escapar ó bien de faltarles en lo más mínimo al respeto. El cabecilla decía que los tres habían de servir de rehenes para el pago de la contribución.

La partida se dirigió hacia Ponzano, donde llegó á las once de la noche.

Sonaban las doce en el reloj de la iglesia cuan-

do el *Botiguero* daba vueltas á la llave que cerraba por fuera el cuarto donde estaba encerrada Pilar, y penetraba dentro. Un farol colgado del techo, alumbraba la estancia.

—¡Por fin, eres mía!— exclamó el cabecilla, dirigiéndose á la joven, que presa de espanto dió un paso atrás al ver entrar á aquel hombre. —¡Por fin, habrán cesado tus desdenes! ¡Bastante me has hecho padecer! Tú me has arrojado á la guerra; por vengarme me he lanzado á combatir á los malditos *guris*, ya que entre ellos se encuentra el miserable que me robó tu amor.

—¡Yo tuya!—respondió Pilar con acento del más profundo desprecio. —¡Matarme sí podrás, pero rendirme nunca! Soy aragonesa, *Botiguero*, y si digo que no, será no, no y no.

—¡Pues lo veremos!—rugió el cabecilla.

Y se arrojó sobre la prisionera; pero si el hombre era fornido, la joven era ágil y resuelta, y se defendía como una leona. Así transcurrieron cinco mortales minutos cuando se oyó el ruido de una descarga, seguido de un grande vocerío de ¡Traición! ¡Traición!

—¡Comandante, que nos copan! ¡Tenemos una columna encima! ¡La gente se desbanda! Corra Corra usted, corra usted... Estamos perdidos...

El *Botiguero*, cubierto de lividez el semblante salió precipitadamente del aposento, dejando cerrada de nuevo la puerta y al llegar á la entrada dijo al centinela:

—Suceda lo que quiera, no te muevas de aquí, y cuidado con que salga ninguno de los rehenes.

Rompió en llanto Pilar al verse de nuevo encerrada, pero á los pocos instantes pareció como si se sintiera poseída de súbita inspiración. En la precipitación de su marcha el *Botiguero* se había dejado olvidadas la boina y la capa, y se le había caído al suelo su puñal.

Brilló un rayo de esperanza en los ojos de la joven. Echóse la capa sobre los hombros, puso la boina ó hizo saltar la cerradura con el puñal.

Llegó á la puerta de la calle; el centinela estaba en su puesto, y al ver relucir la chapa de la boina presentó armas. Pilar echó á correr.

Jadeante de fatiga, llegó á la vista de Tamarite á las cinco de la madrugada. Era terrible el frío; una confusa claridad iluminaba vagamente el caserío. Así llegó á un camino, encajonado entre dos cercas, que conducía al pueblo.

—¡Alto! ¿Quién vive?—exclamó una voz.

Al oír aquel grito, echóse á temblar la joven ¿Qué decir? ¿Serían carlistas ó liberales?

—¿Quién vive?—repitió la voz.

—¡Es él!—exclamó Pilar.

Y se disponía á contestar cuando senó un tiro y la infeliz cayó atravesado el cuello de un balazo.

Al ruido acudió la guardia, y los soldados, alumbrados por una linterna, se acercaron al lugar donde yacía el desconocido.

—¡Jorge, buena caza has hecho!—dijo el cabo. —Es un jefe. Mira como reluce la chapa de la boina.

—¡Dios mío! ¡Misericordia! ¡Valedme!—exclamó Jorge. —¡Maldito sea yo! ¡Es mi Pilar! ¡Yo la he matado!

—Sí. Es una mujer,—dijo el cabo.—¿Qué diablos vendría á hacer aquí.

—¡Pilar!—exclamó Jorge.—¿Vives? ¿Vives?

—Sí, vivo... Adiós... Adiós...

—¡Qué desgracia tan horrorosa! Sí... El *Botiguero* se te llevó y has huido...

—Soy tan honrada... como siempre... Adiós...

Jorge sintió que las manos de Pilar se helaban. Encendió un fósforo para mirarla. Estaba muerta. Por la tarde era conducida Pilar al cementerio, y al caer la última azadonada de tierra sobre el ataud murmuró Jorge:

—Pronto nos habrás de ver, ó á mí, ó al otro.



LA
REVOLUCIÓN FRANCESA

POR
ALFREDO OPISSO

Ilustrada con magníficos y numerosos grabados
Un tomo en tela, 7 50 pesetas

LOS AMIGOS

POR
EDMUNDO DE AMICIS

Numerosos grabados intercalados. — Un tomo
en rústica, 5 pesetas.

LA ARAUCANA

POEMA POR
DON ALONSO DE ARCILLA

Esta edición se recomienda por lo esmerado de sus condiciones tipográficas y por las preciosas viñetas, originales de inspirados artistas, que acompañan al texto. No hay otra que la supere, por lo tanto, entre las muchas que existen. Un tomo en rústica, 3 ptas.

LOS VOLUNTARIOS DE LA MUERTE

NOVELA HISTÓRICA

POR
D. P. EDUARDO DE BRAY

77 cuadernos, que forman dos tomos, 19'25 ptas.
Encuadernada, 22'25 pesetas.

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las éndas de Dios, por B. Björnson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zacccone.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.